

# Un antiquísimo lugar de peregrinación

Dolores Redondo - Todo esto te daré

*Manuel está en Galicia. Quiere ir a un monasterio y le pide a la dueña del hotel en que se aloja que le explique donde se encuentra. Le habla de las tradiciones que rodean el lugar.*

—A ver... Explíqueme eso, si es tan amable.

—Claro que se lo explico —respondió solícita ella, y abandonó su labor para colocarse a su lado con la tarjeta aún en la mano—. Mire —dijo señalando la cartulina—. Este santuario ha sido desde tiempos antiquísimos un lugar de peregrinación y uno de los lugares santos de Galicia donde se acude para quitar *o meigallo*, o *demo*. [...] Ya sé lo que pasa, usted es uno de esos que no cree en nada, ¿verdad? Pues deje que le cuente una historia. [...]

Tengo unos sobrinos en A Coruña. Bueno, realmente el sobrino es él; es profesor de matemáticas en un instituto, y ella, una chica muy maja, es trabajadora social. Llevan casados ocho años y tienen una niña que ahora tiene cinco. Pues bien, hace un año, cuando la niña cumplió cuatro, comenzó a tener pesadillas por las noches. Se despertaba chillando aterrada y decía que había gente en su habitación, gente mala, gente horrible, que la despertaba y la asustaba. Al principio sus padres no le dieron importancia, pensaron que se trataba sin más de pesadillas causadas por algo que le ocurría en el colegio, quizá un niño que le pegaba... Ya sabe, esas cosas. Pero las pesadillas continuaron, la niña gritaba, los padres corrían a su habitación e intentaban despertarla, pero incluso con los ojos abiertos la nena seguía diciendo que veía a aquellas personas allí. Señalaba hacia las paredes detrás de sus padres, y el terror en su rostro y en sus gestos era tal que incluso llegó a asustarlos.

»La llevaron al pediatra y les dijo que se trataba de terrores nocturnos, un tipo de pesadilla muy vívida en la que los niños incluso con los ojos abiertos siguen viendo las imágenes de su sueño. Les dio unos cuantos consejos: evitar el estrés, los juegos muy activos antes de acostarla, las cenas copiosas; recomendó un baño, un masaje... Las pesadillas continuaron exactamente igual. Desesperados, consultaron con otros médicos y al final les remitieron a un psiquiatra infantil. Después de valorar a la niña, el médico les dijo que estaba perfectamente, pero que en ocasiones los niños con mucha imaginación pueden llegar a creer que ven lo que imaginan. Como explicación no estaba mal, pero a los padres esto no los consolaba, así que el psiquiatra le recetó un somnífero, uno muy suave, según él, pero al fin y al cabo una droga para niños.

»Se puede imaginar usted la preocupación, volvieron a casa desolados y se lo contaron a mi hermana, que ese día se encontraba en casa con una amiga suya muy querida. Fue esta amiga la que les aconsejó. Les dijo: “Mirad, ¿y por qué no la lleváis al santuario?”. Ellos le contestaron: “Ay, mire, es que nosotros no creemos en esas cosas, y la verdad, no nos imaginamos llevando a nuestra niña a un exorcista”. “Seguramente tampoco imaginasteis que tendríais que llevarla a un psiquiatra y darle drogas con sólo cuatro años”, les respondió ella. “Llevadla, hombre, sois católicos, la niña está bautizada y vosotros os casasteis por la Iglesia, y al fin y al cabo nada perdéis por ir a escuchar una misa”.

»Todavía tardaron unos días en llevarla, y hasta creo que comenzaron a darle las drogas que le había recetado el médico, pero de nada sirvieron, así que desesperados se presentaron en el santuario coincidiendo con un día de celebración. Después de escuchar misa con la niña, el padre se acercó al cura y le explicó cuál era la razón que les había llevado allí. “Ahora sacarán a la Virgen de su altar y la portarán dando vueltas alrededor del templo. Coge a tu pequeña de la mano y pasa de un lado a otro bajo las andas”, le dijo el sacerdote. “¿Nada más?”. “Nada más”.

»Esperaron fuera entre la gente, mirando cómo más de uno hacía lo mismo que el cura le había explicado al padre: pasar de un lado a otro bajo la Virgen. Les pareció que ningún daño podía hacer eso a su hija, así que el padre la tomó de la mano e intentó acercarse. La niña comenzó a gritar como una loca, se clavó en el suelo gritando, jadeando, chillando “¡No, no, no!”. Los padres se arrodillaron en el suelo a su lado, descompuestos, sin saber qué hacer, alucinados por lo que estaba ocurriendo, superados por el horror de lo que estaba sufriendo su niña. Entonces el cura llegó corriendo, tomó en brazos a la pequeña, que no dejaba de gritar, y rápidamente se precipitó pasando bajo las andas.

»Puede usted creerme o no, pero cuando salió por el otro lado la niña había dejado de chillar, estaba completamente calmada como si nada le hubiera pasado y no recordaba una palabra de todo lo ocurrido.

Manuel tomó aire.

—Qué quiere que le diga. —Suspiró la mujer tendiéndole la tarjeta—. No sé si mis sobrinos son más creyentes ahora que antes, pero el caso es que la niña no ha vuelto a tener pesadillas, y cada vez que hay celebración regresan con ella a pasarla bajo la Virgen.